IS L línea sobre línea

SEDIN • *Servicio Evangélico de Documentación e Información*

Vol. 1 — Nº 1 Apartado 126 • 17244 Cassà de la Selva (Girona) Enero-Marzo 1995

LA INSPIRACIÓN DE LA BIBLIA— SU INERRANCIA Y AUTORIDAD

La Biblia: ¿es ella la revelación de Dios, en la que se nos da el verdadero conocimiento acerca de Él mismo, de Sus obras y de Su actuación tanto en creación como en providencia, en salvación como en juicio, y acerca del hombre, su origen, propósito y destino? El que ha llegado a reconocer el innegable hecho histórico de la resurrección del Señor Jesucristo de entre los muertos[1] y ha puesto su confianza en Él sabe que así es, que la Biblia es la Palabra de Dios. En efecto, la resurrección de Jesucristo es el sello y la culminación de Su obra, lo que le acreditó como Hijo de Dios con poder (cf. Ro 1:4), aunque ya antes de entregarse a la muerte por nuestros pecados Él confirmase de muchas formas y en muchas maneras que verdaderamente Él era *Dios con nosotros*, el Unigénito del Padre.

Así, es evidente que lo que *Él* afirmase acerca de las Escrituras tiene, y debe tener, un peso decisivo por sí mismo para todo aquel que profese creer en Él. Él dijo de las Escrituras del Antiguo Testamento: «Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota[2] ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido» (Mt 5:18). En otra ocasión, el Señor Jesús declaró: «La Escritura no puede ser quebrantada» (Jn 10:35). Estas declaraciones, junto con la del apóstol Pablo en 2 Timoteo 1:13, declaran de manera patente la inspiración *verbal plenaria*.

Con respecto al *Nuevo Testamento*, tenemos el mandato y la profecía que Jesucristo dio a los apóstoles en 16:13: «Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda verdad …», y en Hechos 1:8: «Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra.»

No son precisas grandes luces para ver que aquí tenemos lo que la Biblia misma enseña de manera insistente: la inspiración verbal total y plenaria. De este modo se ha producido un texto que es comunicación de Dios a los hombres. Esta misma enseñanza incluye el elemento humano en la redacción de la Revelación: el elemento humano fue preparado por Dios (cf. Jer 1:15; Hch 9:15) para esta especialísima misión, en la que Dios no sólo inspiró a personas, sino que aquellas personas fueron «hechas a medida» para las respectivas misiones y mensajes que se les había encomendado. Esta enseñanza se repite una y otra vez, como podemos ver en pasajes tales como 2 Timoteo 3:16 y Hebreos 1:1-2, y en muchos otros que dan de manera implícita lo que en éstos se expone tan claramente.

Si ello es así, si la cosa está tan clara, si tenemos un sello tan manifiesto y convincente del mismo Señor Jesucristo y de sus apóstoles escogidos, de que la Biblia *es la* Palabra de Dios, plenamente inspirada y sin error, ¿a qué se deben las corrientes de pensamiento que discrepan de esta afirmación, y que mantienen que no es así, sino *que la Biblia no es plenamente inspirada*?

La Biblia y el Mundo

La realidad es que la Biblia choca de plano con las concepciones filosóficas seculares humanas acerca de la realidad misma, del origen del universo, de la vida y del hombre. Por ejemplo, choca de plano con la filosofía secular de la historia y con la sistematización secular de la historia antigua, que fue erigida en torno a una reconstrucción de la historia de Egipto por estudiosos racionalistas que manejaron los datos en base de unos criterios que no tienen base alguna y chocan con un análisis crítico de la evidencia.[3]

Debido a ello, muchos que mantienen la profesión de cristianismo, al hacer frente a las insuperables dificultades que se presentan en cualquier intento de «armonización» entre las perspectivas académicas seculares aceptadas, tanto acerca de los orígenes como del transcurrir de la historia del universo, del mundo y del hombre, así como de la historia antigua anterior a la monarquía davídica, rechazan el testimonio de la Palabra de Dios aceptando las conjeturas del Mundo. Con ello, descartan cualquier concepción de verdad histórica, de inerrancia, de los pasajes de las Escrituras que tratan de estos temas — y de muchos otros.

Pero, ¿en que se han basado estos críticos de la Biblia para establecer unas verdades «aseguradas» sobre las que mantienen que la Biblia está en error? Todos estos conceptos se basan en la postura decimonónica del mecanicismo y racionalismo. Según el *mecanicismo* Dios no intervendría para nada en los asuntos del universo. En el *racionalismo*, Dios no se podría comunicar con los hombres, y la razón sería la única fuente de conocimiento en un universo cerrado a Dios. Así, esta es una toma de postura en la que ya de antemano se niega que Dios pueda revelarse al hombre, o que pueda actuar soberanamente en un universo creado por Él. De hecho, se niega que Él exista. En el caso de que Dios actúe, sólo le sería permitido hacerlo de forma puramente *mediata*, empleando sólo aquellos procesos que están actualmente en operación. Supeditan a Dios, en el caso de que se crea en Él, condicionándolo a las leyes del universo tal como está ahora, sin permitir a Dios que Él trascienda a Su universo. Rechazan también *a priori* todos los pasajes bíblicos que testifican de la actividad soberana de Dios, en creación o en providencia, tachándolos de míticos. Y no pasa mucho tiempo hasta que se llega también a la negación de aquellos pasajes que revelan a Dios en salvación y juicio.

La realidad es que la única base para tal toma de posición filosófica es el deseo de sus valedores de que las cosas sean así. Espinoza (1632-1677) afirmó que atribuir a Dios una libertad en sentido propio es «algo verdaderamente pueril, y uno de los mayores obstáculos para la ciencia».[4] Recordemos la profundísima influencia de Espinoza sobre la intelectualidad occidental. Asimismo, Descartes, y otros pensadores, junto con Simón de Laplace y otros muchos de tiempos más recientes, consideraban ridícula la idea de que se debiera tener en cuenta a Dios y Su revelación, puesto que —según ellos— ello les coartaría la libertad humana de examinar críticamente todo cuanto les rodeaba, *a fin de llegar a las conclusiones correctas por sí mismos*. En pocas palabras, el racionalismo afirma ser el método verdadero de conocimiento, y niega *a priori* la sola posibilidad de que Dios haya hablado, pues «ello coartaría la libertad del hombre, y su autosuficiencia». Este es posiblemente uno de los mejores ejemplos de la tendencia humana de confundir sus deseos con la realidad, y también de huir de la presencia de Dios, del Dios que habla y se manifiesta.

Nada nuevo bajo el sol: El paganismo contra la Biblia

Estas posturas no son nada nuevas. Se trata de una repetición de la antigua formulación del humanismo pagano griego, como se ve en las palabras del célebre médico griego Claudio Galeno (130-201 d.C.) contra la Biblia:

> Es precisamente en este punto que nuestra propia opinión y la de Platón y otros griegos que siguen el recto método de las ciencias naturales difieren de la posición adoptada por Moisés. Para este último parece suficien-

te declarar que Dios simplemente ordenó que la materia se estructurara en su debido orden, y que así sucedió; porque él cree que todo es posible para Dios, incluso si quisiera hacer un toro o un caballo de un montón de cenizas. Nosotros, sin embargo, no sostenemos tal cosa; decimos que ciertas cosas son de natural imposibles y que Dios ni siquiera intenta tales cosas, sino que él elige lo mejor de la posibilidad del devenir.[5]

Racionalismo y Distorsión

Vemos, pues, que la posición racionalista es que la ley natural es suprema. Cualquier afirmación que discrepe de esta verdad —dicen— debe ser considerada errónea. Desdichadamente, esta superficial postura ha sido ampliamente aceptada sin examen crítico, y en muchos casos de manera ávida, por parte de muchas personas.[6] Con la aceptación de esta postura, además, se revela una incorrecta comprensión de la verdadera naturaleza, del propósito y del alcance del conocimiento científico.[7] Como consecuencia de la aceptación del racionalismo y de sus puntos de vista con respecto a la realidad, se llega a la necesidad de tomar una de las siguientes posturas en relación con la Biblia:

1. Desechar la Biblia como falsa.
2. «Desmitificar» la Biblia, con toda la carga negativa que se implica en esta postura, con la blasfema doble suposición de que Dios es incapaz de manifestarse adecuadamente y de revelar al hombre la verdad sin error, y que en cambio el hombre pueda llegar a discernir, con el ejercicio de sus propias capacidades e investigación, y estableciendo él las reglas, y decidir lo que es de Dios y lo que es mito en la Escritura. Los que mantienen esta posición afirman que por cuanto Dios dio Su revelación por medio de hombres influidos por culturas particulares, que sus errores y condicionamientos culturales se entremezclan con la revelación de verdades religiosas divinas.
3. Tratar de «armonizar» la «verdad científica» con el texto bíblico, manteniendo que el texto es inerrante, pero que como no lo es nuestra interpretación del texto, esta interpretación debe ser llevada a la armonía con la «verdad científica». Esta postura es más superficial, si cabe, pues además de dejar de lado muchísimas características de Génesis 1–11 que no admiten ningún tipo de armonización con las perspectivas académicas seculares, se introduce un elemento extraño en el mensaje bíblico: se interpone el sacerdocio de la Ciencia Oficial entre el creyente y la Palabra de Dios. Este sacerdocio espurio, como tantos otros *sacerdocios* exclusivistas humanos, distorsiona la Palabra de Dios con el fin de poderla «armonizar» con sus propios fines.

La primera postura es simplemente un rechazo total, y no vamos a examinarla. En la segunda el hombre se manifiesta superior a Dios. En efecto, Dios no ha podido dar al hombre una comunicación de la verdadera realidad, sino que se ha visto limitado, impotente, por las incapacidades de Sus criaturas. En cambio, el hombre sí que puede hacer lo que Dios no ha podido, es decir, separar entre la Palabra de Dios y la de los hombres. Es innecesario decir que en la práctica esto resulta un método subjetivo, en el que chocan las opiniones diversas entre lo que es de Dios y lo que es de los hombres.

En la tercera postura vemos una inconsecuencia patente. Si el intelecto del creyente se puede equivocar en la *interpretación* de pasajes bíblicos (sobre todo si busca encajarlos en un esquema predeterminado, en lugar de leer lo que su Autor dice en ellos), ¿no pueden equivocarse también tanto el creyente como el no creyente con respecto a las conjeturas con que interpretan los datos de la ciencia, los hechos de la variabilidad y de los límites a la misma; o con respecto a las conjeturas con que se ha efectuado la reconstrucción hipotética de la historia antigua de Egipto y del Medio Oriente? ¿No se trata a fin de cuentas de eso, de *interpretaciones* muchas veces no solo falibles, sino patentemente *falsas*?

Esto aparte del hecho de que los orígenes, como tales, no pueden ser, *estrictamente hablando,* objeto de estudio mediante el método científico. El método científico consiste en la formulación de hipótesis y la verificación o falsación de las mismas mediante experimentos, y cuando eso no sea posible, mediante observaciones directas y repetibles. Fuera del campo de la ciencia queda lo único, lo irrepetido, y en nuestro caso los orígenes y los acontecimientos históricos. Queda también fuera del campo estrictamente científico lo que tenga que ver con una intervención de la voluntad personal en los acontecimientos. Por ello, el *milagro* queda fuera del campo de la investigación *científica*, puesto que se trata de una libre manifestación de la voluntad de Dios.

Todo ello no significa que no se puedan aplicar *instrumentos científicos* al estudio de estas cuestiones, y de criterios rigurosos. Pero, por ejemplo, el *método* que se debe aplicar al estudio de la historia no es el *científico*, sino el *histórico* y *documental.*

Por otra parte, la incompetencia del método científico ante estas cuestiones no dice nada de la verdad o falsedad de las mismas, sino de la naturaleza y limitaciones del método científico, de gran utilidad pero no de alcance universal.

Acerca de la tercera postura ante la Biblia que estamos tratando, hay otra consideración que hacer. Algo que no se tiene en cuenta muy a menudo es que la Revelación de parte de Dios *suscitó* una nueva visión cultural que se enfrentaba radicalmente a las culturas paganas antiguas y modernas. Dios no se halla atado a los conceptos de ninguna cultura, sino que Su revelación *denuncia* y *rechaza* todo lo que en ellas haya de distorsión de la verdad. Son numerosos los pasajes bíblicos en los que se ve como el mensaje divino choca contra la mentalidad de sus receptores, y no se puede aceptar la superficial postura de que Dios pueda quedar limitado por «las-culturas-en-que-fue-arropada-la-revelación».

¿A qué se debe que le demos tanta primacía con tanto énfasis a la razón humana? Especialmente a la luz del hecho clarísimo de que, por lo que se refiere a los orígenes y a la historia, los datos se *seleccionan*, clasifican e *interpretan* —y en ocasiones se manipulan— dentro del marco de filosofías secularistas que niegan la posibilidad de una acción directa de parte de Dios. No es extraño que a partir de premisas así se llegue a las conclusiones a las que se llega. Pero es trágico que en tantas ocasiones se intente armonizar la visión secular de la historia y de los orígenes ¡con la Palabra de Dios! Ello, naturalmente, siempre para perjuicio de la credibilidad de la Biblia y de la visión clara del creyente, ante las manipulaciones, alegorizaciones, «desmitificaciones» y «contextualizaciones culturales» a las que se somete a la Biblia.

Apriorismos y Motivos Antiteístas

¿Cuál es la base para la negación de la actuación de Dios en creación y providencia? Según confiesa el astrofísico naturalista Carl F. von Weizsäcker:

> No es por sus conclusiones, *sino por su punto de partida metodológico* por lo que la ciencia moderna excluye la creación directa. *Nuestra metodología no sería honesta si negase este hecho.* No poseemos pruebas positivas del origen inorgánico de la vida ni de la primitiva ascendencia del hombre, tal vez ni siquiera de la evolución misma, si queremos ser pedantes.[8]
>
> …
>
> Todavía no entendemos demasiado bien las causas de la evolución, pero tenemos muy pocas dudas en cuanto al hecho de la evolución; … ¿Cuáles son las razones para esta creencia general? En la última lección las formulé negativamente; no sabemos cómo podría la vida, en su forma actual, haber venido a la existencia por otro camino. Esa formulación *deja silenciosamente a un lado cualquier posible origen sobrenatural de la*

Director: Santiago Escuain
Administración: Ester Ayala
Documentación: Iván Capuz
Para toda correspondencia:
SEDIN • Apartado 126 • 17244 CASSÀ DE LA SELVA (Girona) • ESPAÑA

D.L.: B-30934-94

Imprime: Rodríguez Impresor
c/ Blasco de Garay, 139
08224 Terrassa (Barcelona)

línea sobre línea es una circular gratuita publicada por **SEDIN** para informar sobre los fenómenos que se están dando en la actualidad en el seno de la Cristiandad. Tiene el propósito de ser de utilidad a los cristianos, llamados a contender ardientemente por la fe que ha sido transmitida a los santos de una vez por todas (cf. Judas 3, RVR77), cuya vocación es «servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera» (1 Tesalonicenses 1:10).

vida; así es la fe en la ciencia de nuestro tiempo, que todos compartimos.[9]

En esta transparente admisión, von Weizsäcker se pone a la par con el anteriormente citado Claudio Galeno. La postura filosófica naturalista se impone como esquema, y todo se interpreta ajustándolo al dicho esquema mental que excluye a Dios de Su universo. Con eso concuerda Hinton, un biólogo de la universidad de California, que dice:

> En mi opinión, no es nunca adecuado para un verdadero científico desviarse de la explicación de causas naturales. Si algún dios puede crear genes nuevos de la nada por su voluntad, no hay razón alguna para que nosotros busquemos la base de la vida.[10]

En la opinión de este biólogo se dan varios razonamientos erróneos: no hay razón alguna para no investigar en pos de *la estructura* de la vida. Dios la ha creado, y ha puesto el mundo bajo el hombre. Dios dio al hombre un mandato cultural (Gn 1:28) que implica investigar la creación de Dios. Por otra parte, si por *base de la vida* se refiere Hinton al «origen de la vida», su razonamiento constituye otro claro ejemplo de saltar a conclusiones antes de investigar, y de acoplar toda una investigación a una línea de pensamiento predefinida, «galénica». Esta actitud está muy lejos de la pretendida «objetividad científica» de la que tanto se precia el Establecimiento Académico. En realidad, todo el consenso de la llamada *ciencia moderna* es una *interpretación* del mundo que nos rodea, interpretación dirigida por una filosofía materialista. En realidad, es esta misma filosofía antisobrenaturalista revestida de unos hechos que se ven bajo su luz, y que luego se presenta al público de una forma simplificada como «hechos científicos» que demuestran «la falsedad de los mitos bíblicos». Y como para muestra un botón basta, daremos un ejemplo de lo que realmente anima a algunos de los «abnegados científicos» a elaborar ciertas teorías que luego se presentan ante el gran público como «hechos ciertos y comprobados». Lo que sigue es una cita de una carta personal de Charles Darwin:

> Lyell está bien firmemente convencido de que él ha trastornado la creencia en el Diluvio con mucha mayor efectividad no habiendo dicho una sola palabra contra la Biblia que si lo hubiese hecho de la otra forma. … He leído últimamente *La vida de Voltaire* de Morley, y él [Morley] insiste en que los ataques directos sobre el cristianismo (incluso si se redactan con la maravillosa fuerza y vigor de Voltaire) producen efectos permanentes muy insignificantes. Los efectos realmente buenos parecen seguir solamente a los ataques lentos y silenciosos.[11]

Se niega la veracidad de la Biblia con respecto a los orígenes en base de que la Geología «demuestra» la antiquísima edad de nuestro planeta y de que los estratos geológicos nos revelan el desarrollo de la vida por evolución. ¿Es cierto, eso?

Lo cierto es que la naturaleza propia de los fósiles no muestra ningún paso intermedio entre las diversas naturalezas de vida. «A pesar de la gran promesa de que la paleontología [la disciplina que estudia los fósiles] nos provee un medio de "ver" la evolución, ha presentado algunas duras dificultades para los evolucionistas, siendo la más notoria la presencia de las discontinuidades en el registro fósil. La evolución demanda formas intermedias entre las especies, y la paleontología no las da …».[12] También que la naturaleza del registro geológico es cataclísmica y no gradualista, lo que concuerda con la revelación de un Diluvio Universal. Acerca del origen de la moderna geología histórica y de sus méritos Stephen Jay Gould, catedrático de geología y paleontología en la Universidad de Harvard, dice:

> Charles Lyell era abogado de profesión, y su libro es uno de los más brillantes alegatos jamás escritos por un abogado. … Lyell se apoyó en verdaderos rasgos de habilidad para establecer sus puntos de vista actualistas como la única verdadera geología. Primero presentó un hombre de paja para demolerlo.… De hecho, los catastrofistas eran mucho más empíricos en su enfoque de la cuestión que Lyell. El registro geológico parece desde luego demandar cataclismos: las rocas están fracturadas y contorsionadas; han sido eliminadas faunas enteras. Para evitar esta apariencia literal, Lyell impuso su imaginación sobre la evidencia.[13]

Conspiraciones políticas y Geología Histórica

La moderna interpretación «histórica» de la estructura geológica de la tierra no surgió en base de un estudio imparcial de los datos geológicos, sino que, aunque parezca chocante, fue el fruto de una conspiración política. Grinnell documenta† mediante un estudio de la correspondencia de Lyell y personas relacionadas con su círculo que la geología diluvialista molestaba a aquellos que deseaban, en el siglo XIX, derrotar la idea de que Dios gobierna el mundo y dirige la historia. Para derrotar esta posición necesitaban derrotar la Geología Diluvialista, profundamente arraigada entonces. Para ello tuvieron que desarrollar una nueva concepción de la historia de la tierra que soslayase el cataclismo del diluvio, de dimensiones cósmicas, y que reinterpretase los cataclísmicos depósitos geológicos en términos de deposiciones lentas y graduales. Una vez logrado este propósito con el éxito de *Principios de Geología* de Lyell y del logro del dominio político de la Sociedad Geológica de Londres y de sus publicaciones, la postura política que defendían, que negaba que Dios intervenía en la historia, logró el éxito. Pero la concepción geológica que defendían no era factual, como lo reconoce Stephen Jay Gould, sino *fruto* de una concepción ideológica y de una necesidad, por todo lo cual, a decir de Gould, «Lyell impuso su imaginación sobre la evidencia».

† Véase Grinnell, G., «El Origen de la Moderna Geología Histórica», en *Geología, ¿Actualismo o Diluvialismo?*, CLIE, Terrassa, 1982.

Todo esto va muy ligado a temas de importancia, como la *edad de la tierra* y del universo en general, y es muy significativo acerca de ello una reunión que tuvo lugar en la Universidad Estatal de Louisiana en Baton Rouge, en abril de 1978, acerca de la edad de las formaciones geológicas de la tierra, y de los cuerpos del sistema solar. El motivo de esta reunión, donde se citaron ingenieros nucleares, geólogos, geofísicos y astrofísicos, fue que los ingenieros estaban interesados en la construcción de zonas de almacenamiento para residuos nucleares y presas para centrales hidroeléctricas. El criterio es que para estas instalaciones, cuanto más antigua sea una formación geológica, tanto más fiable será acerca de su estabilidad futura. En este simposio, que aparece sumarizado en la revista *Geotimes* de septiembre de 1978,[14] órgano de la Sociedad Geológica Americana, los ingenieros estaban interesados en conocer de una manera factual los métodos de datación para conocer de manera verdadera la antigüedad de estas formaciones geológicas. Después de examinar varias evidencias geofísicas y astronómicas, la conclusión y los sentimientos de los ingenieros participantes, y también de varios de los mismos científicos convocados, era que no había una base factual para afirmar como cierta la gran edad asignada a la tierra, al sol, ni a las mismas estrellas. Esto va en contra de la intensa propaganda en sentido contrario, y que tiene como único motivo la necesidad en que se hallan los evolucionistas de disponer de inmensas eras de tiempo como cortina de humo que pueda dar una apariencia de plausibilidad a la pretendida autogeneración de la vida.

Entendidos y Niños

Pero, ¿qué dice la Escritura? ¿Qué dice Dios de las pretensiones de los sabios según su propio corazón? *Destruiré la sabiduría de los sabios, y desecharé el entendimiento de los entendidos. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el disputador de este siglo? ¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo?* (1 Co 1:19-20). Y también: *En aquel tiempo, respondiendo Jesús, dijo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños* (Mt 11:25). No en vano dijo el Señor Jesús: *De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos* (Mt 18:3).

Como conclusión, nos planteamos y respondemos a la primera pregunta que hemos hecho:

Si el Señor Jesús ha resucitado realmente, de lo cual tenemos evidencia sobrada e irrebatible,[15] siendo que tenemos Su testimonio acerca de la Revelación, que es inspirada de manera plenaria y verbal por parte de Dios, ¿cómo es que se levanta tanta oposición, y no ya del mundo, sino de círculos profesamente cristianos?

El principio de esta oposición la encontramos en Edén. Cuando Satanás, nuestro enemigo, y enemigo declarado de Dios, empleó contra nuestros primeros padres el arma de la incredulidad, con su infamante «¿Conque ha dicho Dios …?», los indujo también a la soberbia al declarar, en abierta contradicción a lo que Dios les había advertido: «No moriréis … seréis como Dios».

La persistencia de esta pregunta, «¿Ha dicho Dios ...?», y la manifestación de la soberbia del hombre caído y separado de Dios, está en el fondo de cada formulación de toda filosofía que niega a Dios la capacidad de revelarse y de actuar y de hacerse comprender de una manera clara y expresa. Ésta y no otra es la razón profunda de la actual campaña contra la inerrancia y autoridad de la Biblia, la Palabra de Dios. Pero en lugar de temblar ante los sistemas intelectuales que nos acechan, o de sentirnos heridos por el menosprecio «intelectual» de parte del mundo, haremos bien en escuchar las palabras del apóstol Pablo, el cual nos exhorta:

> Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo (Col 2:8).
>
> Guarda lo que se te ha encomendado, evitando las profanas pláticas sobre cosas vanas, y los argumentos de la falsamente llamada ciencia, la cual profesando algunos, se desviaron de la fe (1 Ti 6:20).

Abramos, pues, confiados nuestras Biblias, sabiendo que en ella encontramos la verdad de Dios y acerca de Él, la salvación de Dios, y la voluntad de Dios para con nosotros en todo, y todo ello en Cristo: «porque por él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, las visibles y las invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él» (Col 1:16). Así hallaremos alimento para nuestras almas y luz para nuestro camino, «hasta que despunte el día y el lucero de la mañana alboree en vuestros corazones» (2 P 1:19).

Santiago Escuain

REFERENCIAS

1 Para la justificar esta afirmación, recomendamos al lector la obra de Josh McDowell, *El Factor de la Resurrección* Terrassa: CLIE 1988).

2 La palabra «jota» se refiere a la letra hebrea más minúscula, la *yod*, y la «tilde» a los diminutos trazos que distinguían a menudo diferentes letras, como en el alfabeto latino sucede entre la O y la Q.

3 Tocante a la cuestión de los orígenes, véase Paul Johnson en el libro de próxima aparición *Proceso a Darwin* (Ed. Portavoz, Grand Rapids), publicado originalmente en 1991 por InterVarsity Press. Véase también *De la nada a la naturaleza* (Ed. Peregrino, 1988) y la serie de libros *Creación y Ciencia* (Terrassa: CLIE). Acerca de la reconstrucción de la historia de Egipto, véase *The Exodus Problem and its Ramifications* (Loma Linda, California: Challenge Books, 1971), Immanuel Velikovsky, *Ages in Chaos*, Doubleday, New York, 1952, y, en castellano, los artículos históricos en el *Nuevo Diccionario Bíblico Ilustrado* (por Vila y Escuain, Terrassa: CLIE 1985) bajo encabezamientos como «Egipto», «Éxodo», «Faraón», «José», «Hicsos», «Ugarit», y referencias cruzadas a los mismos.

4 *Ethica*, I, prop. 33, schol. 2.

5 *Sobre la utilidad de las partes del cuerpo*, 11:14.

6 Aldous Huxley confesó lo siguiente: «Yo tenía motivos para no querer que el mundo tuviese sentido; fue por eso que di por supuesto que no lo tenía, y pude encontrar, sin ningún tipo de dificultades, razones satisfactorias para esta presuposición. ... El filósofo que no encuentra significado en el mundo no está interesado de manera exclusiva en un problema de metafísica pura: también está interesado en demostrar que no hay razón válida alguna por la que él personalmente no pueda hacer aquello que le dé la gana. ... En cuanto a mí mismo, como sin duda fue el caso entre mis contemporáneos, la filosofía de la ausencia de significado fue esencialmente un instrumento de liberación. La liberación que deseábamos era a la vez una liberación de un cierto sistema político y económico, y también una liberación de un cierto sistema de moralidad. Nos enfrentábamos a la moralidad porque interfería en nuestra libertad sexual.» (En «Confessions of a Professed Atheist» [Confesiones de un ateo confeso], *Report: Perspective on the News*, Vol. 3, junio de 1966, pág. 19.

7 «La ciencia no puede ir más allá de los fenómenos, y consiste en la generalización de los mismos bajo una ley uniforme. Pero, antes del curso que siguen las cosas existentes, tienen que existir las cosas que siguen este curso, aunque este curso pueda haber comenzado con su existencia; e indudablemente fue así. Pero sólo este curso de las cosas es el tema de la ciencia, su principio general como ley fija. La existencia, y probablemente la ley que sigue, están ahí antes que puedan comenzar las investigaciones de la ciencia, ... La ciencia se ocupa de fenómenos, y sólo de fenómenos, y de descubrir los hechos y las leyes que los gobiernan; pero todo lo que hace es investigar la operación actual uniforme, allá donde existe, de aquello que existe antes que surja la indagación.

...

La ciencia puede descubrir las leyes de lo que existe, pero allá tiene que detenerse: no tiene leyes para su existencia. ...

Esto es, la ciencia debe detenerse en aquello que le pertenece, en el curso y orden del *kosmos*, o universo ordenado, y por su misma naturaleza no puede ir más allá de ello. Sé que ha de haber una causa primordial o primitiva para todo lo existente; porque todo en su esfera es el efecto de una causa, y afirma que debe serlo. Si es así, la existencia material misma debe ser efecto de una causa, y las leyes fijas también. En cuanto a qué y cómo es esta causa primordial (que es incausada, o no sería primordial), no puede decir nada la ciencia. Naturalmente que no; y no se le debe reprochar por esto. Pertenece a la misma naturaleza de las cosas. Pero la ignorancia no es un base sobre la que hacer declaraciones —debería más bien decir que no es una base válida, porque a la ignorancia le encanta hacer declaraciones. Esto es, la ciencia me asegura en base de lo que conoce que ha de haber una causa primordial de aquello sobre lo que investiga; pero es, necesariamente, totalmente ignorante de esta causa —no la puede concebir; no se encuentra en su esfera de conocimiento. ...». J. N. Darby, «Science and Scripture», en *The Collected Writings of J. N. Darby*, Vol. 31, págs. 139-141.

8 Carl F. von Weizsäcker, *La importancia de la ciencia*, Ed. Labor, Nueva Colección Labor nº 27, pág. 125. Énfasis añadido.

9 *Ibid.*, pág. 131. Énfasis añadido.

10 Hinton, T., Carta a *The Journal of the American Scientific Affiliation,* 7:4:14, diciembre de 1955. Citado en Bolton Davidheiser, Ph.D.,, *Evolution and the Christian Faith* (Nutley, N.J.: Presbyterian and Reformed Pub. Co., 1969), pág. 139.

11 Gertrude Himmelfarb, *Darwin and the Darwinian Revolution*, pág. 368, citado en *Evolution and the Christian Faith* (véase ref. 5), pág., 67.

12 David B. Kitts, director del departamento de Geología del Museo Stoval, en *Evolution*, vol. 28, septiembre 1974, pág. 467).

13 Stephen Jay Gould, «Is Uniformitarianism Necessary?», *American Journal of Science*, Vol. 263, marzo 1965, pág. 223.

14 Los interesados en conseguir esta documentación de la fuente pueden dirigirse a ***SEDIN***, apartado 126, 17244 Cassà de la Selva (Girona), España.

15 Véase ref. 1.

Roma y las Escrituras

SEGÚN ROMA, LA INTERPRETACIÓN LITERAL DE LA BIBLIA ES PELIGROSA

Recientemente, la prensa[†] se ha hecho eco de un nuevo documento del Vaticano en el que se dice que la lectura de la Biblia es peligrosa. Según este documento, ello es debido a que ofrece una «falsa certidumbre» e invita a una forma de «suicidio del pensamiento».

Este documento, sobre *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, ha sido redactado por la Pontificia Comisión Bíblica, y fue presentado en el Vaticano por el cardenal Joseph Ratzinger como presidente de esta comisión.

Dice un especialista de esta comisión que «la Biblia precisa de una interpretación competente, ante el fundamentalismo que se toma al pie de la letra las palabras de la Escritura».

Ante todo, esta declaración es muy cuestionable, pues el fundamentalismo «no se toma al pie de la letra las palabras de la Escritura», sino lo que significan sus declaraciones. En efecto, el «fundamentalismo» acepta no el sentido *literal* de las Escrituras, sino el sentido *llano.* Por ejemplo, el «fundamentalismo» reconoce las figuras de lenguaje de sentido común (donde a veces Roma, precisamente, insiste en una cruda literalidad: Como ejemplo, cuando Cristo dice, al dar el pan a Sus discípulos, *Esto es mi Cuerpo*; quien interpreta aquí de una manera injustificadamente literal y material es Roma, y no los «fundamentalistas»).

Lo que en realidad quiere decir Roma con todos estos circunloquios es que ningún creyente puede comprender la Escritura por sí mismo, sino que precisa de ***una interpretación competente.*** Esto es algo en lo que siempre ha insistido Roma: EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA. Ahora bien, lo que Roma entiende por IGLESIA aquí no es la comunión de los creyentes, sino la estructura clerical-jerárquica que ha asumido el papel de dictadura espiritual sobre sus fieles, que le deben por otra parte una adhesión total y absoluta.

A pesar de su pretendida preocupación por el «suicidio del pensamiento» en que según Roma caen aquellos que interpretan la Biblia de manera natural y llana, lo que Roma no admite es que nadie ejerza su personal capacidad mental para la lectura del Libro de Dios. Y no sólo esto, sino que niega que nadie tenga esta capacidad aparte de la Jerarquía Autorizada. Lo que quiere Roma es que todo el mundo acepte ciegamente las interpretaciones con las que siempre ha tratado de desvirtuar las llanas declaraciones de la Palabra de Dios tocante a las Buenas Nuevas de la Salvación de Dios.

En Roma vemos la tragedia histórica en la que una Institución se ha esforzado por escamotear a los fieles católicos el acceso directo a la Palabra que Dios les quiere dar, y por negar a los fieles católicos la certidumbre que Dios ofrece en Su amor y gracia mediante Su Palabra. Vemos cómo se ha puesto la Iglesia-institución como objeto de fe y de lealtad de los creyentes —con un uso erróneo del concepto del «Cristo místico», o Cuerpo de Cristo en la tierra— en lugar de la confianza dada por el creyente a JESUCRISTO HOMBRE Y DIOS de una manera personal y del acceso directo que mediante ÉL tenemos ante EL PADRE. El concepto de Iglesia que Roma impone a sus fieles no es el que aparece en las Escrituras. En ellas, la Iglesia es la feliz y santa comunión de los ya salvados, que son HERMANOS, hijos de un mismo PADRE en los cielos, y unidos en un cuerpo bajo un mismo Señor y guiados por el Espíritu Santo mediante la Palabra y dotados por Sus dones. Es una comunión de SALVADOS que se gozan *no* en una «falsa certidumbre», sino en una *certidumbre gozosa*: «Mirad que amor tan sublime nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios … Estas cosas os he escrito a vosotros que CREÉIS en el nombre del Hijo de Dios, para QUE SEPÁIS QUE TENÉIS VIDA ETERNA» (Primera Epístola de Juan, 3:1; 5:13).

Para pasar a ejemplos concretos, citaremos pasajes de la Escritura que tratan de las diversas cuestiones sobre la salvación y la vida cristiana, y dejaremos que el lector saque sus propias consecuencias.

UNA CLAVE DEL POR QUÉ: ¿CÓMO INTERPRETA ROMA PASAJES COMO LOS QUE SIGUEN?

SOBRE EL REINO DE CRISTO Y LA VOCACIÓN DE LOS SUYOS

«Mi reino no es de este mundo» (Juan 18:36.)

«No alleguéis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corroen, y donde los ladrones horadan y hurtan; sino allegaos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corroen, y donde los ladrones no horadan ni hurtan. Porque donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón» (Mateo 6:19.)

«Pero vosotros no queráis que os llamen Rabí; porque uno solo es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro en la tierra a nadie; porque uno solo es vuestro Padre, el que está en los cielos. Ni seáis llamados maestros; porque uno solo es vuestro Maestro, el Cristo. El mayor de vosotros, será vuestro servidor. Mas cualquiera que se ensalce a sí mismo, será humillado; y cualquiera que se humille a sí mismo, será ensalzado. Mas, ¡ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!, porque cerráis el reino de los cielos delante de los hombres; pues ni entráis vosotros, ni dejáis entrar a los que están entrando.» (Evangelio de Mateo, 23:8-13).

«Ellos mismos cuentan de nosotros la manera en que nos recibisteis, y cómo os convertisteis a Dios abandonando los ídolos, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera.» (Primera Epístola de Pablo a los Tesalonicenses, 1:9-10.)

Estos pasajes, con muchos otros, son irreconciliables con Roma: con su insistencia en el «Vicario de Cristo» como «Santo Padre» y en el tratamiento formal dispensado a los obipos y sacerdotes como «reverendísimos padres» y «padres», así como «monseñor» y otros muchos, buscando así aquello contra lo que también advierte el Señor Jesús: «Guardaos de los escribas, que gustan de pasearse con ropas largas, de que les saluden respetuosamente en las plazas y de ocupar las primeras sillas en las sinagogas, y los lugares de honor en los banquetes …» (Lucas 20:46). Son también irreconciliables con el lujo y los fastos del Vaticano y de tantas otras cortes eclesiásticas pertenecientes a la disciplina romana (lo mismo que a otras formaciones eclesiásticas no sujetas a Roma).

SOBRE LA SALVACIÓN, LA GRACIA Y LAS OBRAS

«Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que cree en él, no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por medio de él. El que cree en él, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios. Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo el que obra el mal, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean redargüidas.» (Evangelio de Juan, 3:16-20.)

«Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por medio del cual hemos obtenido también entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios.» (Romanos 5:1-2.)

«Porque por gracia habéis sido salvados por medio de la fe; y esto no proviene de vosotros, pues es don de Dios; no a base de obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.» (Efesios 2:8-10.)

«De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, sino que ha pasado de la muerte a la vida.» (Evangelio de Juan, 5:24.)

«Pero cuando se manifestó la benignidad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres, nos salvó, no en virtud de obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino conforme a su misericordia, mediante el lavamiento de la regeneración y la renovación por el Espíritu Santo, a quien derramó sobre nosotros abundantemente por medio de Jesucristo nuestro Salvador, para que justificados por su gracia, viniésemos a

[†] Presència Evangèlica — Maig/Juny 1994, No. 145-146, pàg. 30.

ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna.» (Epístola de Pablo a Tito 3:4-7.)

Estos pasajes son también imposibles de conciliar con la doctrina romanista. En Roma, la salvación se logra *quizá* al final de todo, tras una larga vida de conseguir la salvación por las buenas obras con fe. Se pasa por alto que toda buena obra hecha para lograr la salvación no puede ser buena: se hace en beneficio propio y es por ello una forma más de egoísmo. Dios sabe que no podemos alcanzar la salvación, y nos la ofrece de pura gracia. Como se indica en los pasajes anteriores, no es una mera salvación del infierno: es una salvación para vida; una salvación que se acepta por la fe y que involucra una transformación que opera Dios en nosotros, y un camino de buenas obras *para el que Dios nos ha salvado*. Así, Dios nos salva *sin* obras propias, pero *para buenas obras*. Y es una salvación dada por Dios ahora. Una vida eterna y una condición de hijos de Dios que los salvos reciben de manera irreversible. Pero Roma no admite lo que llama «falsas certidumbres», contradiciendo con ello llanamente a las Escrituras, que nos ofrecen pasajes como el escrito por el Apóstol Juan en su Primera Carta, donde anuncia: «Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna.» (Primera Epístola de Juan, 5:13.) En contraste con esto, la doctrina de Roma sobre la salvación no es la sencilla aceptación de Jesucristo como Señor y Salvador, creyendo que Él murió por nuestros pecados y que resucitó para nuestra justificación: requiere la adhesión a su particular disciplina y la aplicación de sus sacramentos, que tienen un poder eficaz como medios de salvación. Naturalmente, si hay conflictos entre la enseñanza llana de la Escritura y la doctrina de Roma, para Roma es preferible dar «una interpretación competente».

Cristo como único mediador

«Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo.» (Primera Carta a Timoteo, 2:5-6.)

«Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos.» (Hechos 4:12.)

La Palabra de Dios nos lleva a depositar nuestra fe personalmente en Jesucristo, muerto por nuestros pecados, resucitado y exaltado, ascendido a las alturas y sentado a la diestra del Padre. Frente a las sutilezas de Roma que quiere hacer de «Cristo encarnado en la Iglesia» el Mediador, con lo que se refieren a la Iglesia Jerárquica con todo su sistema sacramental, la Escritura es taxativa: «Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo HOMBRE» (Primera Epístola a Timoteo, 2:5). Observemos: el Único Mediador es Jesucristo HOMBRE. No el Cristo *místico* «encarnado en la iglesia», sino Jesucristo HOMBRE: Aquel que es el Hombre glorificado, que está descrito así en la Epístola de Pablo a los Romanos 8:34: «¿Quién es el que condena? Cristo es el que murió, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros.»

El sacrificio de Cristo: Único y no repetido

«La sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados. Por lo cual, entrando en el mundo dice:

Sacrificio y ofrenda no quisiste; pero me preparaste un cuerpo.
En holocaustos y expiaciones por el pecado no te complaciste.
Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad,
Como está escrito de mí en el rollo del libro.

Diciendo más arriba: Sacrificio y ofrenda, holocaustos y expiaciones por el pecado no quisiste, ni en ellos te complaciste (las cuales cosas se ofrecen según la ley), ha dicho luego: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad; quita lo primero, para establecer lo segundo. En la cual voluntad hemos sido santificados MEDIANTE LA OFRENDA DEL CUERPO DE JESUCRISTO HECHA UNA VEZ PARA SIEMPRE. Y en verdad todo sacerdote [judaico] está día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados; PERO CRISTO, HABIENDO OFRECIDO UN SOLO SACRIFICIO POR LOS PECADOS, PARA SIEMPRE SE HA SENTADO A LA DIESTRA DE DIOS, esperando de ahí en adelante hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies; PORQUE CON UNA SOLA OFRENDA HA HECHO PERFECTOS PARA SIEMPRE A LOS QUE SON SANTIFICADOS.» (Epístola a los Hebreos, 10:4-14.)

Esto se opone frontalmente a la doctrina de Roma de que la Misa es una repetición no cruenta del Sacrificio de Jesucristo en la cruz, y que esta *repetición* es esto, una REPETICIÓN y UN SACRIFICIO, no un simple recuerdo o acción de gracias. Mantiene Roma también que este SACRIFICIO DE LA MISA tiene un valor propio, aplicable por los vivos y los muertos. Los decretos del Concilio de Trento (que fueron solemnemente ratificados por el Concilio Vaticano II) dicen:

Si alguno dice que en la misa no se ofrece un sacrificio real y verdadero … sea anatema (Canon 1).

Si alguno dice que por las palabras: «Haced esto en memoria de mí» Cristo no instituyó a los apóstoles como sacerdotes, ni ordenó que los apóstoles y otros sacerdotes ofreciesen su propio cuerpo y su propia sangre, sea anatema (Canon 2).

Si alguno dice que el sacrificio de la misa es sólo de alabanza y acción de gracias; o que es meramente una conmemoración del sacrificio consumado en la cruz pero no es propiciatorio, sea anatema (Canon 3).

(John R. W. Stott, *The Cross of Christ* (Inglaterra, Intervarsity Press, 1986), págs. 264, 265.

Más crucial que el hecho de los anatemas es la contradicción frontal con el hecho de que el sacrificio de Cristo en la cruz fue único, suficiente y eternamente eficaz.

Sobre los cargos en la Iglesia

«Es palabra fiel: Si alguno anhela obispado, buena obra desea. Es, pues, necesario que el obispo sea irreprensible, marido de una sola mujer, sobrio, prudente, ordenado, hospedador, apto para enseñar; no dado al vino, no pendenciero, no codicioso de ganancias deshonestas, sino amable, apacible, no avaro; que gobierne bien su casa, que tenga a sus hijos en sumisión con toda dignidad (pues el que no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo cuidará de la iglesia de Dios?)» (Primera Epístola de Pablo a Timoteo 3:1-5.)

«Porque el siervo del Señor no debe ser pendenciero, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda el arrepentimiento que conduce al pleno conocimiento de la verdad.» (Segunda Epístola de Pablo a Timoteo, 2:24.)

«Por esta causa te dejé en Creta, para que acabases de poner en orden lo que faltaba, y constituyeses ancianos en cada ciudad, como yo te ordené; el que sea irreprensible, marido de una sola mujer, y tenga hijos creyentes, que no estén acusados de disolución ni de rebeldía. Porque el obispo debe ser irreprensible, como administrador de Dios; no arrogante, no iracundo, no dado al vino, no pendenciero, no codicioso de ganancias deshonestas, sino hospedador, amante de lo bueno, sensato, justo, santo, dueño de sí mismo, retenedor de la palabra fiel tal como ha sido enseñada, para que también pueda exhortar con sana doctrina y redargüir a los que contradicen. Porque hay aún muchos rebeldes, habladores de vanidades y engañadores … repréndelos duramente, para que sean sanos en la fe, no atendiendo a fábulas judaicas, ni a mandamientos de hombres que se apartan de la verdad.» (Epístola de Pablo a Tito, 1:5-10.)

Observamos aquí que el cargo de *episkopos* u obispo es el mismo que el de anciano o *presbyteros*. Jerónimo (el traductor de la Vulgata, «San Jerónimo» para los católicos) reconoce que «en los antiguos, obispos y presbíteros es lo mismo, porque lo primero es el nombre de la dignidad, y lo último de la edad» (Epístola a Oceano, Vall. 69, 416). Y en su epístola a Evangelo cita Filipenses 1:1; Hechos 20; Tito 1:5, etc.; 1 Timoteo 4:14; 1 Pedro 5 y las epístolas segunda y tercera de Juan, y emplea un lenguaje muy enérgico, diciendo textualmente: «Que después se eligiera uno que estuviera por encima (latín: *praeponeretur*) de los demás se hizo como remedio para los cismas, no fuera que al ir cada uno a atraer hacia sí la iglesia de Cristo la fuera a dividir.» Jerónimo amplifica en este y otros escritos el testimonio de que la elección de un obispo presidente entre los ancianos fue una disposición no sacada de las Escrituras, sino de conveniencia, debido al clericalismo en que se había caído ya en aquel entonces, y que iría creciendo con el posterior desarrollo de la iglesia, hasta culminar en Occidente con el Papado.

(Véase «Obispo» en S. Vila y S. Escuain, *Nuevo Diccionario Bíblico Ilustrado* —CLIE, Terrassa 1985— págs. 830-831.)

Sobre la advertencia de Pablo a los cargos locales de la Iglesia y sobre las Escrituras y la comunión directa con Dios como recurso de los creyentes

«Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por supervisores [obispos], para apacentar la iglesia del Señor, la cual él adquirió para sí por medio de su propia sangre. Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño. Y de vo-

sotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos. Por tanto, velad, recordando que, por tres años, de noche y de día, no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno. Y ahora, hermanos, OS ENCOMIENDO A DIOS, Y A LA PALABRA DE SU GRACIA, que tiene poder para sobreedificaros y daros herencia con todos los santificados.» (Pablo a los ancianos [presbíteros] que eran supervisores [episkopos u obispos] de Éfeso, convocados en Mileto, registrado en Hechos 20:28-32.)

«Inmediatamente, los hermanos enviaron de noche a Pablo y a Silas hasta Berea. Y ellos, habiendo llegado, entraron en la sinagoga de los judíos. Y éstos eran más nobles que los de Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así.» (Hechos 17:11.) «Las cosas que se escribieron en el pasado, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza» (Epístola de Pablo a los Romanos, 15:4).

«La palabra de Cristo habite ricamente en vosotros, enseñándoos y amonestándoos unos a otros en toda sabiduría, …» (Epístola de Pablo a los Colosenses, 3:16).

«Pero tú persiste en lo que has aprendido y de lo que te persuadiste, sabiendo de quién lo has aprendido; y que desde la infancia sabes las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para salvación por medio de la fe que es en Cristo Jesús. Toda Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea enteramente apto, bien pertrechado para toda buena obra.» (Segunda Epístola de Pablo a Timoteo, 3:14-17.)

«Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos acerca del Verbo de vida (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y nos fue manifestada); lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos también; para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo. Os ESCRIBIMOS estas cosas PARA QUE VUESTRO GOZO SEA COMPLETO.» (Primera Epístola de Juan, 1:1-4.)

«Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas SE HAN ESCRITO para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre» (Evangelio de Juan, 20:31).

«Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas escritas en ella; porque el tiempo está cerca» (Apocalipsis, 1:3).

«¡He aquí, vengo pronto! Dichoso el que guarda las palabras de la profecía de este libro» (Apocalipsis, 22:7).

Los apóstoles y evangelistas escribieron para los cristianos sencillos. Y escribieron PARA QUE EL GOZO DE ELLOS FUESE COMPLETO. Para que tuviesen una plena certidumbre de fe y un pleno gozo de la salvación, y el conocimiento de su acceso personal y directo delante de Dios como Padre *por medio de Jesucristo* HOMBRE glorificado a la diestra del Padre. Pablo, escribiendo a Corinto, decía a los destinatarios de sus escritos: «Pues mirad hermanos, vuestro llamamiento, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que escogió Dios lo necio del mundo para avergonzar a los sabios; y escogió Dios lo débil del mundo, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para anular lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia. Mas por obra suya estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho de parte de Dios sabiduría, justificación, santificación y redención; para que, tal como está escrito: El que se gloría, gloríese en el Señor» (Primera Epístola a los Corintios, 1:26-31).

Históricamente, la iglesia de Roma no ha sido de ayuda para que los creyentes tuviesen fácil acceso a la Escritura. Con el advenimiento de la imprenta, Roma vio en la rápida difusión de las Escrituras un poderoso enemigo que combatir, y por decreto del Concilio de Trento procuró poner todas las trabas posibles para su difusión. Allí donde Roma dominaba, se impedía al pueblo que tuviese acceso a traducciones de la Biblia. Uno de sus principales argumentos era que la Biblia no era para el común de la gente, para la gente sencilla. «Doctores tiene la Iglesia.» La palabra *de la iglesia* era la norma; **no la palabra de Dios**. Esto en contradicción a la clara intención de los apóstoles, que se dirigían directamente a los sencillos cristianos, con el propósito, entre otros, de advertirlos contra los falsos maestros, contra los razonamientos sutiles y contra los que torcerían las Escrituras para sus propios fines. En la actualidad, y como vemos por las actuales acciones, se sigue en el mismo sentido. Manteniendo las formas de una aparente libertad de acceder a las Escrituras, en realidad se desautoriza a los católicos a que las empleen como la norma verdadera para su fe y vida. La norma, para Roma sigue siendo LA IGLESIA divinizada.

SOBRE LA RESPONSABILIDAD DE CADA CREYENTE DE JUZGAR TODA ENSEÑANZA DADA POR LOS QUE PROFESAN SER ENSEÑADORES

«Asimismo los profetas hablen dos o tres, y los demás disciernan.» (Primera Epístola de Pablo a los Corintios 14:29.)

«Mas vosotros tenéis la unción del Santo, y sabéis todas las cosas. No os he escrito como si ignoraseis la verdad, sino porque la sabéis, y porque ninguna mentira procede de la verdad. ¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Éste es el anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo, tiene también al Padre. En cuanto a vosotros, lo que habéis oído desde el principio, permanezca en vosotros. Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre.

Y esta es la promesa que él nos hizo, la vida eterna.

Os he escrito esto sobre los que os engañan.

Y en cuanto a vosotros, la unción que recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; sino que así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, así también, según ella os ha enseñado, permaneced en él.» (Primera Epístola de Juan, 2:20-27.)

SOBRE LA ADVERTENCIA DEL SEÑOR JESUCRISTO A SUS DISCÍPULOS DEL RECHAZO QUE SUFRIRÍAN EN EL MUNDO

«Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, sino que yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece. Acordaos de la palabra que yo os he dicho: El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra. Mas todo esto os harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado. … Estas cosas os he hablado para que no tengáis tropiezo. Os expulsarán de las sinagogas; y aun viene la hora cuando cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios. Y harán esto porque no conocen al Padre ni a mí.» (Evangelio de Juan, 15:18-21; 16:1-3.)

SOBRE LOS FALSOS MAESTROS QUE BUSCARÍAN DESVIRTUAR EL SENTIDO LLANO DE LAS ESCRITURAS

«Por lo cual, oh amados, estando en espera de estas cosas, procurad con diligencia ser hallados por él sin mancha e irreprensibles, en paz. Y considerad que la longanimidad de nuestro Señor es para salvación; como también nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le ha sido dada, os ha escrito asimismo en todas sus epístolas, hablando en ellas de estas cosas; entre las cuales hay algunas difíciles de entender, las cuales los indoctos e inconstantes tuercen, como también las demás Escrituras, para su propia perdición. Así que vosotros, oh amados, sabiéndolo de antemano, guardaos, no sea que arrastrados por el error de los inicuos, caigáis de vuestra firmeza. Antes bien, creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. ¡A él la gloria ahora y hasta el día de la eternidad! Amén.» (Segunda Epístola de Pedro, 3:14-18.)

«Mirad que no haya nadie que os esté llevando cautivos por medio de filosofías y huecas sutilezas, según la tradición de hombres, conforme a los principios elementales del mundo, y no según Cristo. (Epístola de Pablo a los Colosenses 2:8.)

El problema crucial que tiene Roma con una lectura llana de las Escrituras es que hay un choque frontal entre la dinámica de la salvación en las Escrituras y lo que Roma propone.

En efecto. Las Escrituras declaran primero que el pecador está perdido y que necesita la salvación de parte de Dios. Las Escrituras anuncian el perdón de los pecados a todo aquel que cree en Jesucristo, y la posesión presente de la vida eterna. Esta salvación es sencillamente por

la obra consumada de Cristo en la cruz por los pecadores, donde Él murió por nosotros, y se obtiene creyendo en él. Es una salvación PARA BUENAS OBRAS, esto es, su objeto es darnos una nueva naturaleza y un nuevo andar. Pero NO ES POR OBRAS, es decir, no se consigue mediante ninguna buena obra nuestra, sino sólo por la fe puesta EN LA OBRA DE CRISTO EN LA CRUZ. Y es por medio de esta salvación es incorporado a una comunión fraternal con los demás salvados, para crecer en la gracia y el conocimiento de Cristo, servir al Dios vivo y verdadero, apartado de los ídolos, y esperar a Jesucristo de los cielos.

En cambio, según Roma, la iglesia es el canal de la salvación obrada por Cristo en la cruz, y es necesario pertenecer a ella para obtener finalmente la salvación. Para ello, ha de recibir los sacramentos. El bautismo es según Roma lo que le hace hijo de Dios y heredero del cielo. Cuando cae del llamado «estado de gracia» por pecado mortal, necesita el sacramento de la penitencia para no ir al infierno y ser restaurado al estado de gracia. Mediante estos y otros sacramentos es llevado por la Iglesia a mantenerse en el estado de gracia. Si muere en este estado de gracia, irá generalmente al purgatorio para pagar «las penas temporales» por los pecados que haya cometido, tanto de los veniales como de los mortales perdonados por la penitencia, y, finalmente, cuando sea apto, al cielo.

El «evangelio» de Roma es en realidad un evangelio diferente. Es asimismo un sistema de tiranía por medio del cual se mantiene a multitudes bajo un temor constante en lugar de aquella libertad perfecta de aquel amor que echa fuera el temor (1 Juan 4:18). ¿A qué amor se refiere el apóstol Juan? Dice él: «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados.» Todo amor del salvado para con Dios es consecuencia y fruto de este amor de Dios para con nosotros, fruto de una salvación recibida y vivida por la fe: «Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero» (1 Juan 4:19). Bien al contrario de ser el Evangelio un instrumento de temor y sujeción a instituciones, pone al creyente en contacto directo con Dios por medio de Jesucristo, en relación fraternal los unos con los otros y en un camino de buenas obras que no se hacen para alcanzar una salvación ya recibida como un don gratuito de Dios, sino para agradar a Dios en todo y andar como es digno de esta condición de hijos de Dios. «Así que, por cuanto los hijos han tenido en común una carne y una sangre, él también participó de lo mismo, para, por medio de la muerte, destruir al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban toda la vida sujetos a servidumbre» (Hebreos 4:15).

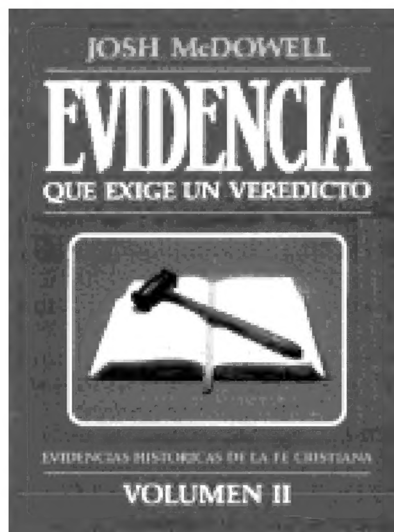
Santiago Escuain

Los libros aquí reseñados puede pedirlos a su Librería habitual. O solicite información a:

Biblio Club
08224 Terrassa (Barcelona)
Tel. 93-733 32 63



OBRAS RECOMENDADAS



EVIDENCIA QUE EXIGE UN VEREDICTO — VOL. II

Josh McDowell

Estudio de las evidencias literarias acerca del origen de la Biblia, Antiguo y Nuevo Testamento. En esta obra se analizan temas como la posición *filosófica* antisobrenaturalista en el mundo académico moderno y los resultados de esta *presuposición* aplicada al estudio de las fuentes literarias; arqueología y crítica; las diversas hipótesis documentarias del origen del Pentateuco, y la situación actual; las evidencias de la paternidad mosaica del Pentateuco; la Crítica de las Formas; el concepto de *Sitz im Leben*; las leyes de la tradición; la teoría del secreto mesiánico; el gnosticismo; una evaluación del método histórico-crítico; la Crítica de la Redacción. Esta obra es coronada con unos apéndices sobre arqueología, la Alta Crítica; la teología moderna y la crítica bíblica, y otros. De gran valor para el estudioso, constituye un libro fuente fundamental y una eficaz crítica cristiana a la crítica incrédula, denunciando la falta de objetividad y la carga de prejuicios con que se enfoca la pretendida crítica bíblica desde la perspectiva de negación *a priori* del ámbito divino y sobrenatural. 23 x 16,5 cm, 576 págs. Ed. CLIE, Terrassa (Barcelona) España, 1988. ISBN 82-7645-301-9



VIDEO
EL CATOLICISMO: UNA FE EN CRISIS

En 1965, cuando concluyó el Concilio Vaticano II, los católicos en todas partes tenían la esperanza de que la Iglesia había sido renovada, y que pronto vendrían las bendiciones. Nadie sabía lo que estaba a punto de acontecer.

Las décadas posteriores al Vaticano II han sido tiempos turbulentos. La asistencia a Misa ha menguado de manera drástica. Las finanzas están en una condición delicada. Las vocaciones han declinado. Las disputas internas están zarandeando a la Iglesia Católica.

¿Cuál es el origen de esta crisis? ¿A qué es debida?

El Catolicismo: Una fe en crisis, es una investigación dirigida al corazón del problema, examinando las doctrinas de la Iglesia Católica Romana desde una perspectiva bíblica.

Este video le invita a seguir la historia de católicos devotos, tanto clérigos como laicos, hombres y mujeres que se enfrentaron con valor a una crisis de fe y que salieron triunfantes mediante una experiencia transformadora con Jesucristo.
Duración: 51 minutos.
Precio: 900 pesetas + gastos de envío.

En España adquiéralo en:
Editorial Discípulo
Apartado 202
22080 HUESCA

En las Américas, pida información a:
Producciones Lumen
P.O. Box 595
Cupertino, CA 95015
Estados Unidos